

la madera, vió que constituía naturalmente una barquichuela bien estable sobre el agua que no rodaba al azar por la corriente, ¿no se sentiría la necesidad instintiva de retenerle cerca de la población y servirse de él en ocasión oportuna, sea para dejarse llevar por la corriente, para atravesar el río y hasta para remontarlo?

Los alegres experimentos de los niños y de los jóvenes les enseñarían regularmente que, nadando medio suspendidos en los troncos flotantes y golpeando el agua con los pies, ó empleando las manos, ramas de árboles ú objetos de otra especie, podían practicar instintivamente el trabajo que se convirtió después en el arte del remo y del virado, transformando su esquife en un ser de apariencia animada, aunque siempre dócil al impulso del amo. De ese tronco ahuecado por la Naturaleza al que tuvo cavidades ensanchadas por el hombre, por medio del fuego ó por un instrumento, la transición era fácil, y debió de hacerse á las orillas de muchas corrientes por innumerables individuos: de ahí esos barcos monoxilos que se encuentran en todas las comarcas de la Tierra.

Hasta sin proponérselo, el hombre primitivo aprendió á proveer sus barcos de velas, merced á las hojas y espesas ramas que plega el viento, dando velocidad al conjunto del aparato. Esta embarcación del salvaje puede considerarse como perfecta, en atención á los materiales de que está construída: tales son el barco de corteza de árbol del Niger, el tronco ahuecado de álamo del Tarim, la piragua de abedul empleada por los Hurones y los Odjibways del gran Norte. El hombre blanco no tiene esquife que pueda luchar con ese barco primitivo, por la ligereza, la facilidad de conservación y reparación y la abundancia de materiales empleados; el «viajero» indio ó mestizo encuentra á la orilla de todos los ríos lo que necesita para construirse un barco; merced á esa piragua portátil, puede atravesar, sin detenerse, todas las regiones canadienses, desde los grandes Lagos á las montañas Rocosas.

Lo admirable es, pues, no ver casi todas las tribus salvajes conocer el arte de la navegación, sino encontrar algunas que, viviendo en las orillas de los ríos, no se arriesguen sobre sus aguas. En este caso se encuentran los Botocudos, que ni se atreven á nadar y no saben construir barcos¹. Se comprende que, en ciertos ríos de las cuencas del Orinoco

¹ Paul Ehrenreich, *Petermann's Mitteilungen*, 1891, Heft V.

y del Amazonas, donde abundan las *pirangas*, temibles pececillos que se lanzan ávidamente sobre el hombre para desgarrarle con sus agudos dientes, las poblaciones ribereñas, temiendo fundadamente á las aguas, se abstengan de aprender la natación; pero ¿cómo explicarse que no naden ni naveguen unos indígenas en las corrientes donde la inmersión casi no ofrece peligro? Evidentemente ha de haber en este caso una superstición religiosa persistente á través de las edades, á pesar del cambio de medio: habiendo vivido en otro tiempo en las márgenes de corrientes prohibidas, por la necesidad de la defensa, y por demasiado peligrosas, han hecho de esta prohibición un precepto inviolable que han conservado en todas sus emigraciones, de río en río.

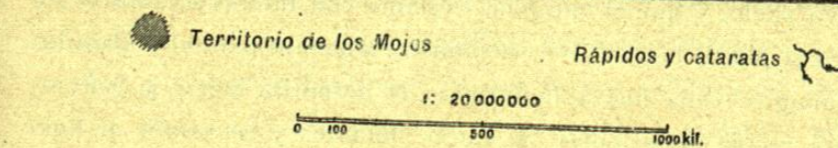
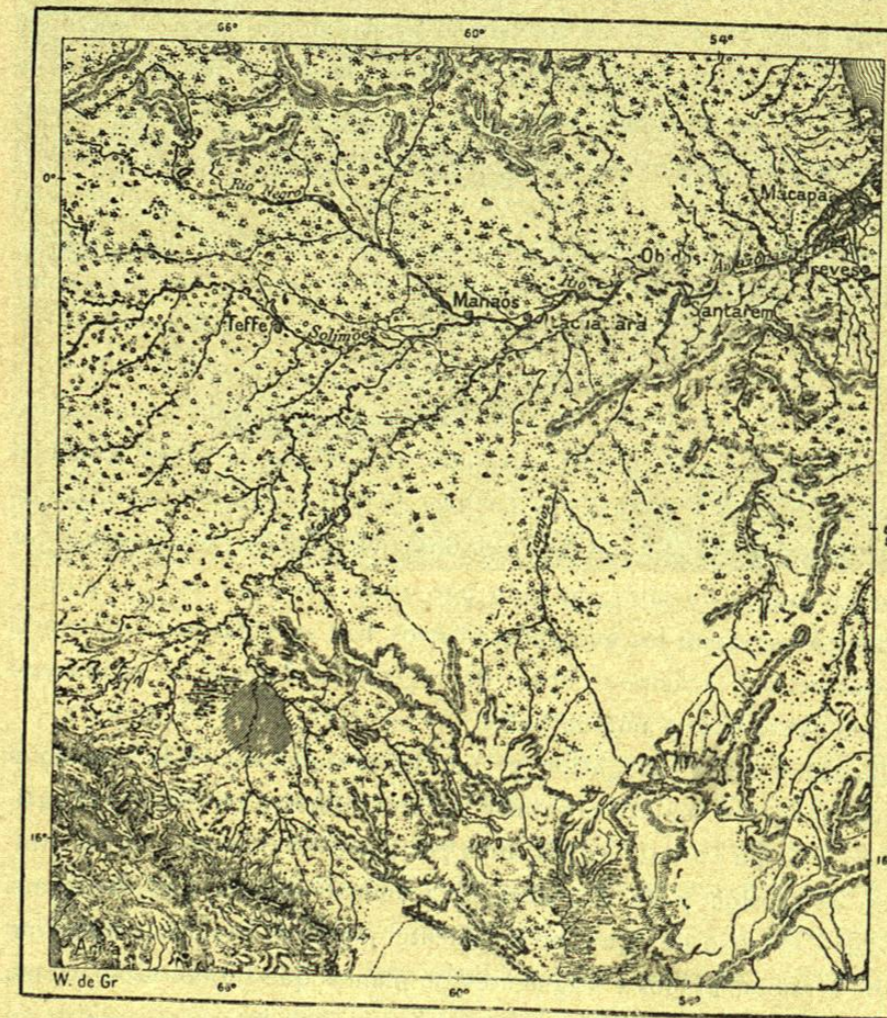
Así, á pesar del ejemplo contrario que presentan algunas tribus, y á pesar del absurdo lógico de las potencias militares que, volviendo á la barbarie primera se imaginaron todavía que los profundos cursos de agua son límites entre los hombres, entre los pueblos, semejantes á los torrentes de agua salvaje que corren por el fondo de las cortaduras y desfiladeros, se puede considerar el descubrimiento progresivo de la navegación sobre los ríos del planeta como un hecho de orden general realizado sobre mil puntos diversos.

¡Cuántos progresos se hallan comprendidos de antemano en este maravilloso invento, que añade al movimiento del hombre el de la Naturaleza, y que completa la potencia individual del ser nuestro infinitamente pequeño, con la de un dios poderoso, de fuerza incomparable, infinita, relativamente á nosotros, como la del Mississipi ó del río de las Amazonas! Y, no obstante, los primeros navegantes, sacudidos sobre un tronco de árbol que rueda y zozobra, debieron de ser objeto de risas despreciativas: los sensatos, los prudentes, que quedarían á la orilla se burlarían alegremente de aquellos aventureros, de aquellos locos, que, arriesgando su vida, se alejaban de la tierra dura, del suelo firme que pisaron sus abuelos.

Dueños del infinito por la navegación, al menos en su dirección lineal, los ribereños, desde su período primitivo, pudieron aprovecharse ampliamente de su conquista. Sobre los altos afluentes del Amazonas, en la Bolivia, viven tribus, como los Mojos, que no osarían penetrar en el bosque vecino más de un tiro de flecha ó á mayor distancia que la que alcanza el ladrido de un perro, pero que conocen en miles de kilómetros

el río y sus afluentes, sus bifurcaciones, sus *furos* ó *paranamirim*; esos «salvajes» han visitado otra naturaleza que no es la suya, saben tratar con otros pueblos y se hallan bien en medio de civilizaciones muy

N.º 14. Caminos amazónicos de los Mojos



diversas. Esos remeros no tiemblan á la aproximación de los rápidos y cascadas; cuando, llevados por la corriente, oyen mugir la ola á sus pies, saben virar á tiempo para deslizarse entre las rocas, evitar los re-

molinos y ganar de desvío en desvío la sabana de agua tranquila, el remanso que se extiende al pie de las caídas. Donde el desnivel de la corriente es demasiado fuerte, utilizan las grietas de las peñas, los bejuco entrelazados sobre la orilla, las pendientes naturales de los ribazos y las playas arenosas para llevar su barco río arriba ó río abajo.

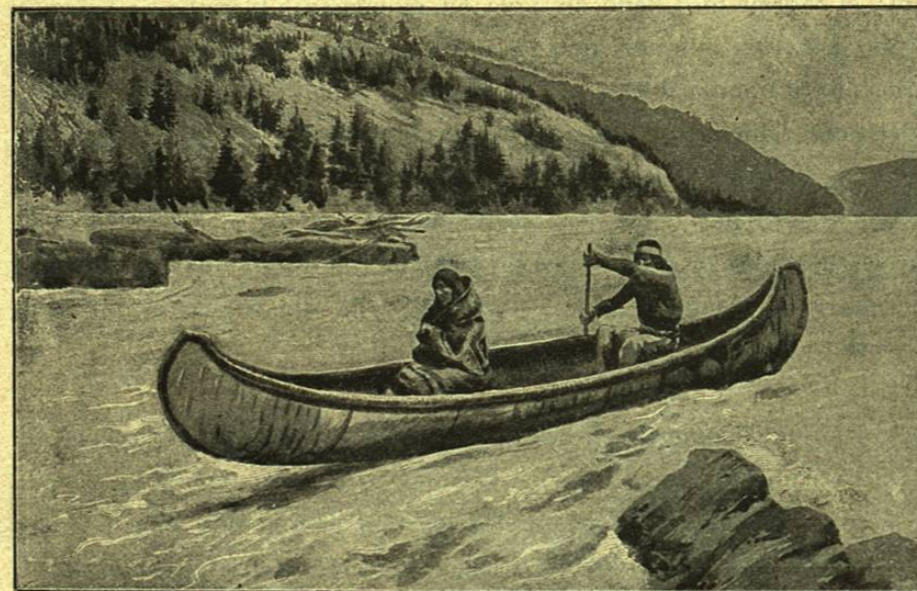
Más abajo, en el gran río convertido en mar en movimiento, aprenden á huir de las tempestades, refugiándose en medio de los arrastres de hierba ó *cannarana*, que amortiguan las olas; y también á resistir al viento, que les rechazaría río arriba, atando su barco á un tronco de árbol flotante que se sumerge á varios metros de profundidad en la corriente y continúa corriendo con un movimiento igual siempre.

Para la subida por el río, que dura meses y meses, saben utilizar los vientos alisios, que soplan en sentido inverso de la corriente, y los ramajes laterales que, cuando las avenidas, se llenan contra corriente. En esos viajes, los bateleros no ganan solamente en fuerza y destreza, sino que aprenden también las industrias locales, se habitúan á hablar lenguas diversas y traen á sus familias conocimientos y enseñanzas de toda clase. Pero ignoran los espacios que podrían recorrerse á pie entre los cursos fluviales; ha sido por otros pueblos ó por sus propias exploraciones como los geógrafos blancos han averiguado la existencia de «sabanas» ó «campos» libres de vegetación florestal en el inmenso cercado del territorio amazónico¹.

Iniciador de la navegación y, por la navegación, de la enseñanza mutua, el río fué también el primer agente natural para enseñar la agricultura, casi sin esfuerzo de iniciativa por parte del ribereño. En sus trabajos de erosión y de depósito, la acumulación incesante de tierras aluviales, el curso de agua, no solamente aporta el suelo nutritivo, sino también raíces, granos y fragmentos de plantas que brotan rápidamente en el nuevo suelo, y que el indígena examina con interés á causa de su rareza. Si la planta le conviene, si suministra alimento para él y para los animales amigos, cada nueva inundación le permitirá imitar la Naturaleza: quizá recoja las semillas, las raíces flotantes y las confíe al limo virgen que depositan las aguas. Seguramente este trabajo, para el cual basta bajarse, se hizo en mil puntos de la tierra, y poco á poco aprendió

¹ Spix y Martius; Gibbon; Herndon; Bates; Wallace; H. y O. Coudreau, etc.

el hombre á repetirlo, no sólo á la orilla de las aguas corrientes, sino también sobre las colinas y en los claros de los bosques. Esos humildes principios de la agricultura pueden verse como se renuevan en nuestros días sobre las playas emergidas de los grandes ríos americanos.



CANOA DE CORTEZA DE ÁLAMO BLANCO SOBRE LOS RÁPIDOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE
Dibujo de George Roux, según una fotografía.

¡Cuánto debemos, pues, á las aguas corrientes, á todos esos dioses tópicos! Ellos nos han arrancado á la inercia primitiva, nos han invitado al movimiento, nos han transformado en una humanidad progresiva que se renueva sin cesar, nos han enseñado, por la aproximación á los otros hombres, las mil diversas industrias y, finalmente, han contribuido á darnos el pan. Estamos así adheridos á los ríos por la memoria consciente ó inconsciente de innumerables acontecimientos: sabemos que sus valles fueron las vías históricas de los pueblos en marcha y que la vida de las naciones se ha desarrollado sobre sus riberas.

Las grandes civilizaciones de que hemos salido y sin las cuales no habría humanidad en el sentido moderno de la palabra, no hubieran vivido si no hubiera habido río Amarillo, río Azul, Sindh ni Ganga, Eufates ni río de Egipto, Níger ni Senegal. Con piedad filial pronuncia el hombre pensante tan grandes nombres.

Durante el curso de las edades, la acción primera de un elemento del

medio se cambia, pues, siempre en su contraria. En el origen, el gran río separaba los hombres; las faunas difieren parcialmente sobre las dos orillas del Amazonas; así, en una época histórica reciente, ciertas tribus, inhábiles para vencer la corriente, no pasaban jamás de una orilla á la otra: el enorme foso lleno de agua en movimiento formaba un límite lo mismo para los hombres que para los animales. Y sin embargo, ese obstáculo, infranqueable para los ribereños primitivos, se ha convertido en el gran vehículo de los civilizados, el medio de transporte para las cosas, los hombres y las ideas. Seguidamente el batelero de los ríos se hace el viajero por tierra, el comerciante, el hombre múltiple y diverso que se encuentra bien en todos los pueblos; tal es el Diola del Sur, que se encuentra en todas partes, hasta más allá del Níger, y que hizo su primer aprendizaje en las marismas del litoral.

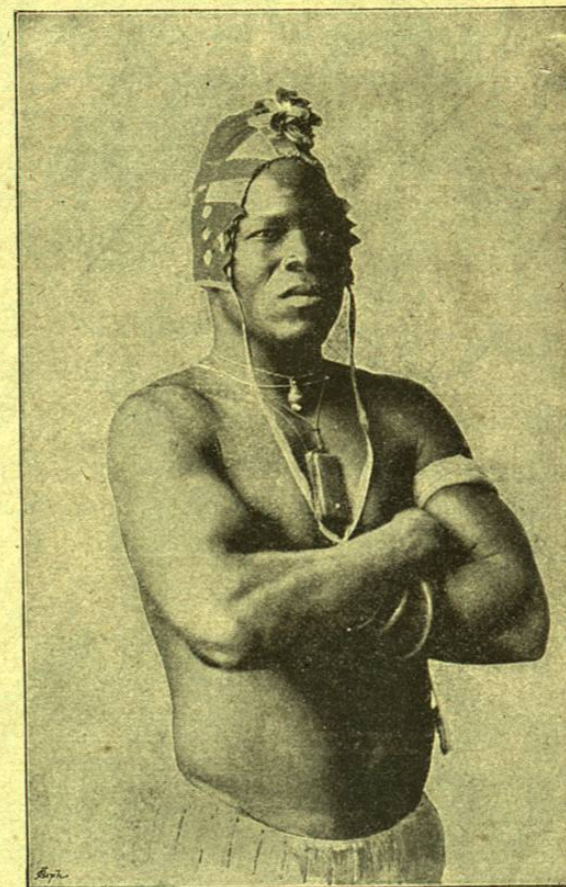
Los mismos fenómenos históricos se observan respecto de las relaciones de los pueblos con el mar. ¡Cuántas tribus, venidas de la estepa, de la montaña, de los bosques ó de los ríos, han tenido que detenerse sobre la playa ó sobre el acantilado extremo, sobre el «Fin de las tierras»—Finisterre ó Landsend,—espantadas por la extensión de las aguas, sin límites visibles, por el monstruoso estruendo del choque de las olas! El mar, que había de llevar un día de mundo en mundo los orgullosos buques, fué para los hombres de las tierras un límite infranqueable, dominados por el terror.

Por lo demás, ciertas partes del litoral marino habían de ser para sus habitantes verdaderas prisiones, no menos cerradas que los hoyos de las montañas ó los claros perdidos en los bosques profundos. Además de las islas y los archipiélagos de la costa, la zona litoral comprende espacios claramente separados de la tierra firme, dunas, pantanos ó rocas que permanecen casi inabordables del lado de las extensiones continentales. Los residentes, privados así de toda relación fácil con el país de más allá, quedan forzosamente recluidos en su estrecho territorio. Son como plantas á las que falta el suelo nutritivo: tales fueron largo tiempo los *maraiçhins* de la Vendée.

Las poblaciones estrictamente marítimas, que quedaron casi completamente separadas de las continentales, lograron, sin embargo, en varias comarcas obtener espacios y recursos suficientes para vivir en socieda-

des independientes, sabiendo acomodarse bien á su medio para sacar de él su subsistencia y su cultura; pero allí donde los ribereños del Océano guardan sus libres comunicaciones con el interior del continente, sea por llanuras desecadas fáciles de atravesar, sea por cursos de agua de régimen normal, pueden gozar al mismo tiempo de las ventajas del continente y apropiarse gradualmente las que ofrece el mar.

En ciertos parajes, la ola se presta benévola-mente á las tentativas de los hombres. Allá donde el río se continúa en estuario y el estuario en golfo, la navegación sigue naturalmente la misma dirección en la vecindad de las costas, unas veces espontáneamente por la voluntad de los remeros que persiguen su caza, sea involuntariamente por el capricho de los vientos ó de las corrientes. La transición se hace así, del río al mar: el aprendizaje del agua salada comienza en las aguas dulces. Bahías protegidas contra el viento ó pasos garantidos contra



DIOLA DE LAS RIBERAS DEL SUD

Según una fotografía

la marejada por islas ó cadenas de escollos, especialmente á lo largo de las costas dálmatas, aseguran á los ribereños facilidades de navegación análogas á las que se tienen en los ríos, y esquiifes del mismo género hubieron de construirse en sus orillas.

La navegación fluvial se cambia así poco á poco en costera, y ésta en marítima. Con frecuencia el batelero es impulsado hacia alta mar;